

EL MOTÍN

Año XLIV

Madrid, Sábado 16 de Febrero de 1924.

Número 7.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Trimestre.. 1,50 Ptas.	Año..... 10,00 Ptas.
Semestre.. 3,00 "	
Año..... 6,00 "	CORRESPONSALES
	25 números. 1,50 Ptas.
PROVINCIAS	
Trimestre.. 1,50 Ptas.	El pago de las suscrip-
Semestre.. 3,00 "	ciones es adelantado.
Año..... 6,00 "	Número suelto, 10 cts.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

De jueves á jueves

La Gaceta del sábado publicó una Real orden disponiendo que se nombre una Comisión, compuesta del interventor general de la administración del Estado como presidente, y de los directores generales del Tesoro y del Timbre, y de tres representantes de la industria periodística, para que reclame de las dependencias del Ministerio de Hacienda relación de los débitos que tengan las empresas periodísticas por el impuesto del Timbre y por el concepto de anticipo reintegrable; y luego que tenga estos antecedentes estudiados y someta á la Superioridad en el plazo de un mes el procedimiento más equitativo para que las empresas deudoras realicen el pago de sus débitos.

El martes se posesionó el nuevo presidente del Tribunal Supremo, don Andrés Tornos.

Ha llegado á Madrid el Alto Comisario y celebrado varias conferencias con el Presidente del Directorio.

No recuerdo que en los últimos ocho días haya ocurrido rasgo ninguno más digno de mención en la política española.

PODANDO

Con tal título ha publicado *La Epoca* un artículo, en el cual dice:

«En casi todos los jardines y paseos ofrece la actualidad esta nota. Encaramados en los troncos, los obreros cortan y talan con seguros golpes, preparando los árboles para recibir la oleada de savia de la nueva primavera. Bajo el hacha ó la tijera, las ramas enfermas y las ramas inútiles van cayendo lentamente, para que no roben salud y lozanía al árbol que la primavera ha de coronar con espléndido ramaje de esmeralda...»

Tiene la poda carácter de operación quirúrgica; el hacha y la tijera hacen oficios de bisturí. Como el cirujano, el agricultor sacrifica las ramas enfermas en beneficio de las sanas, para evitar el contagio y conservar la vida en todo su esplendor. Sólo así podrá el tronco resistir la fatiga de los años, aprovechando la redentora savia que la tierra, fecundada por las lluvias, le envía; sólo así podrá evitarse la ruina que el ramaje excesivo producirá sin remedio.

Aplicadas á todos los órdenes de la vida y á todos los organismos, el hacha y las tijeras producirían considerables beneficios. La poda es un elemento de regeneración. Si se cortaran todas las ramas enfermas y todas las ramas inútiles que chupan la savia sin producir jamás, algo más medraría el tronco enfermo del organismo social, abrumado por una carga inmensamente mayor que la que puede soportar.

En esas líneas del más autorizado de los periódicos conservadores está enteramente mi programa. «Podar, podar mucho, y pronto, y sin descanso.»

Abajo las ramas enfermas é inútiles que chupan la savia sin producir jamás, para que medre el tronco enfermo del organismo social abrumado por una carga inmensamente mayor que la que puede soportar.

JOSÉ NAKENS

1900

Editorial Nakens

Como habrán observado los correligionarios, la suscripción de acciones á la Editorial se realiza con lamentable lentitud, que hace sopechar á los iniciadores de la idea un semi fracaso.

Digo semi fracaso, porque del todo ya no puede ser, toda vez que estamos muy cerca de alcanzar la suma necesaria para la adquisición de los libros de EL MOTÍN.

Pero, dicho sea con la mayor franqueza, no tenemos derecho, ni mucho menos, á apuntarnos un éxito, si juzgamos el resultado final por la falta de entusiasmo que se nota al presente.

No se nos oculta la grave crisis económica que se deja sentir, cuyos efectos repercuten en todos los hogares, ni tampoco el marasmo político en que vivimos. Pero, por eso mismo, si es proverbial que *á grandes males grandes remedios*, estamos en el deber de sobreponernos á las circunstancias, haciendo el esfuerzo que á cada cual permitan y sus medios.

Si no se suscriben las acciones, cuando Nakens nos abandone se irá con él el indiscutible órgano del Librepensamiento en España. Si, por el contrario, se cubre la cifra presupuestada, seguirá pujante EL MOTÍN.

Sólo pensando en la satisfacción que en su vejez le produciría ver que dejaba en marcha su periódico, en el que, ideológicamente quedaba su alma rebelde, debiéramos realizar, los que tanto queremos á los dos, un esfuerzo en consonancia con la grandeza del propósito.

Si dejamos pasar esta oportunidad, tened por seguro que llegaremos tarde.

Por creerlo así, con harto dolor de mi corazón y sobreponiéndome á sentimientos que ahogan la palabra, me decidí un día á plantearle el problema al viejo luchador y querido amigo.

Todos sabemos la respuesta.

Por él no queda.

¿Quedará por nosotros?...

ENRIQUE SANJURJO

Su Majestad el Asesino

Se está formando una nueva categoría de ciudadanos: la de criminales eminentes. Entrarán en ella aquellos que en sus ímpetus sangrientos hayan demostrado una superioridad ó una originalidad incuestionables. No será, pues, fácil conquistar un puesto en esa Academia, pero quien lo consiga tendrá derecho á que los poetas de la otra, es decir, los poetas buenos oficialmente, canten sus hazañas en versos propios, es decir, malos.

Esto viene á cuento de la frecuencia y minuciosidad con que se describen en los periódicos las atrocidades de cualquier homicida y se publican los retratos del primer degenerado que acabe de acuchillar á su esposa. En cuyo vicio el detalle ha llegado al punto de hacer verosímil la referencia de aquel personaje quinteriano que dice: «Uno saca las tripas á su mujer y las cuelga del balcón. En el periódico viene la fotografía de las tripas». El mejor día vemos en un diario el corazon ó el hígado de la última víctima con unas flechas indicadoras de la trayectoria de la bala ó de los desgarros del puñal. Y debajo, la efigie del autor del desaguisado, sonriente y satisfecho ante el objetivo. Hace años teníamos la seguridad de no encontrar en las revistas ilustradas más retratos que los de políticos, bellas mujeres y artistas famosos.

Cuando desde Ecija trasladaron á Sevilla al *Viva*—aquél bárbaro que degolló á una jovea para violarla y se llevó la cabeza—, se le hicieron fotografías á pie, en un carro, solo, rodeado de periodistas rodeado de sus cómplices, etc. No faltó sino haberle permitido impresionar una película con la reproducción del crimen.

Todo lo cual—aparte de ser repugnante—produce males como el sufrido por ese muchacho, que para ver de cerca al gran hombre empezó en el viaje unos duros que su familia destinaba á otra necesidad menos exquisita. Para borrar la falta, se suicidó. Seguramente era un candidato al patíbulo. Hay aficiones que son toda una ficha antropométrica. Y peor aún que semejante daño es el que se ocasionó, con el ejemplo de la morbosa y corrompida admiración hacia el delincuente, á otros seres en quienes tal vez se despertase el ansia imitativa. Todos somos vanidosos, y es preciso evitar el peligro de que la vanidad despierte por senderos de perversión. ¿Y cómo contener la de cerebros rudimentarios ante algunas apoteosis?

Ese mismo *Viva* ha tenido hasta cronista de prez. En cierto semario gráfico, un excelente escritor pintó de mano maestra la heroicidad que supone el entrar en un cortijo, matar á dos mujeres y huir al monte con la cabeza de una de ellas en la mano. Y tras varias consideraciones á propósito del *nimbo de leyenda*, estableció un paralelo con la tragedia de Salomé, lo cual habrá dejado perplejo al *Viva* cuando se lo hayan leído.

Hemos de terminar con estos juegos indignos y degradantes. Mayor obra cultural que enseñar á leer es orientar al lector hacia la delicadeza de sentimientos. Los periódicos deben ponerse de acuerdo para no dar cabida en sus columnas á los relatos de crímenes, beocio y depravado pasto de la indigencia espiritual. Si no, preáramonos á presenciar campeonatos

de barbarie, de esos que reflejan el total encanallamiento de una sociedad sin instinto de pudor ni de conservación siquiera.

ABRAHAM POLANCO

De El Mercantil Valenciano.

Vecindad honrada

Don Justo.

—¿Porteral?

—¿Quién llama?

—¿Cuánto renta el cuarto tercero?

—Seis mil reales; pero lo bajarán.

—¡Ah! ¿Le van á traer al patio?

—Vamos, es un decir, que lo dejarán en veintitres duros.

—¿Es grande?

—Hermoso, con luz de Mediodía, empapelado de nuevo, su fuente y la destilación de luz eléctrica puesta.

—¿Se puede ver?

—Sí, señor; á eso estamos. Suba usted, caballero, que yo voy por la llave.

—Vaya, no dirá usted, que es lo que se llama un cuarto para no salir á la calle más que por fuerza, y en un sitio que ni el de Zaragoza, como dice mi esposo.

—El sitio es céntrico, y, sin embargo, la calle está retirada...

—¿Qué decirs? que es una calle corta y tranquila, pero está usted á un paso de todo.

—Eso es verdad y el cuarto me conviene; pero me va usted á decir con toda lealtad si la vecindad es buena.

—¡Buenísima!

—Pongo interés en esto porque soy padre de familia, tengo tres hijas solteras, niños de doce ó trece años, y ya me he mudado dos veces en ocho meses por haber sorprendido en la vecindad y en casas de muy buen aspecto gentes de mal vivir.

—¡Ay, señor! Pues aquí no hay nada de eso. Esto es la paz del mundo; vecindad más tranquila no la hay en Madrid.

—¿De veras?

—Por la salud de mi esposo, y ya ve usted que no querré jurar en vano, porque acaba de pasar unas *trifoideas* que ha estado en el Hospital tres meses.

—Tome usted esas dos peretas y dígame con el corazón en la mano si en toda la casa vive gente honrada.

—Mire usted; en el piso bajo vive la señorita Nieves, una persona que siempre trae osos detrás, pero muy pacífica ella; no se mete con nadie...

—¿Pero vive sola?

—Sí, señor; es decir, todo se ha de decir; ella tiene un amigo, que es un diputado joven, muy rico, y viene á pasarse la tarde de conversación, y alguna noche, si hace mal tiempo, se queda; pero, vamos, ¡son dos enamorados que no se les oye!

—Es decir, que...

—En el principal derecha, doña Catalina.

—¿Y quién es doña Catalina?

—Pues es una señora que ha pasado mucho en este mundo y ahora está muy bien, porque ha discurrido una cosa que parece que le da mucho dinero á ganar; vamos al decir; que tiene huéspedes... sin tenerlos.

—¿Qué quiere usted significar?

—Vamos, por un par de horas: se conoce que es gente que viene de los pueblos y descansan aquí hasta que vuelven por la noche: un caballero y una señora, un señorito y una señorita... Pero no se les

siente; no hay nunca cuestiones, ni ruido, ni nada: le digo á usted que esto es como un convento.

—¿De manera que usted tiene la osadía de...

—En el principal de la izquierda se reúnen veinte ó treinta amigos, todos muy callados, no abren casi nunca las ventanas, entran y salen sin tropel y sin arma bulla, y ahí se pasan hasta las dos ó las tres de la mañana jugando con unos botones de márfil, que hasta en eso se ve que no hay malicia... El inquilino es un tal don Bernardo, muy buena persona, que nos da cinco duros de propina todos los meses; ¡ya ve usted que para dar así cinco duros en estos tiempos, es menester ser un santo!

—¿Luego en todos los pisos?

—En ese segundo de enfrente tendrá usted por vecino á un chico muy elegante, que apenas para en casa, y vive sin familia, ni criados ni nada. A mí me es muy simpático porque no tiene suerte; ya van dos veces que le han sacado en los periódicos, que en todo se meten, llamándole *Rufino el carterista*, lo cual que es una infamia; y una vez hasta lo detuvieron al Gobierno civil, y resultó, como me dijo él á mí cuando volvió, dándole un alfiler pa mí Paco, que lo menos vale veinte duros. «No haga usted caso, señora Pepa; le ha dao por confundirse con otro; lo que hay es que yo hago carteras.»

—¿Ya lo creí!

—Y así debe ser; porque cuando se va por la mañana y yo le limpio el cuarto, siempre tiene ocho ó diez carteras encima de la cómoda.

—¿Como que es muy conocido!

—Pues ahí tiene usted. Y en los pisos terceros viven una chica huérfana que baila sevillanas en las reuniones que tienen los señoritos de la aristocracia, y en el otro dos coristas que viven en familia con dos primos suyos. ¡Ya ve usted si es cantidad de gente! Pues aquí no se oye una mosca... Si busca usted tranquilidad, tranquilidad tendrá pa dar y vender; ¡casas como ésta hay pocas!

Don Justo furioso:

—Y aquí quería usted que viniese yo á vivir! ¡Y tiene usted la frescura de llamar á esto una de vecindad honrada!

—Oiga usted, caballero; quince años llevo en la casa, y hasta el año pasado, en que quiso Dios que se juntaran los vecinos que hoy tengo, no he visto en ella más que inquilinos atrasados, embargos, muebles vendidos por los escribanos, desahucios, tramps, el casero siempre poniendo papeles, ¡un desastre! Aquí hemos tenido dependientes de comercio, oficiales retirados, viudas de clases pasivas de Ultramar, periodistas, pintores, curas, pianistas que daban lecciones, bolsistas, obreros, trabajadores, cómicos, señoritas que corían para afuera... de todo. Pues el dependiente, porque no ganaba bastante; el cómico, porque estaba sin contrata; el bolsista, porque había perdido; el pintor, porque no vendía cuadros; las huérfanas, porque les daban poco por la costura; los curas, porque no tenían misas y el clero bajo no gana nada; los obreros, porque andan siempre lampando y tienen más hijos que las chinches, aquí no pagaba nadie más que á malas, ó no pagaban nunca. El casero tuvo un ataque de apoplejía de tanto padecer, viendo la casa siempre vacía y sin producir nada. Desde hace un año, con estos honrados inquilinos de ahora, el día primero de mes,

antes de que anochezca, ya tengo en la portería el dinero de todos los cuartos, y además propinas bárbaras para mi Paco y para mí. El casero ha engordado y su señora ha tenido un niño á los cincuenta y ocho años. Todos aquellos que lloraban y suplicaban y pasaban meses y meses sin pagar, todos nos echaban por medio su honradez. ¡Honradez! ¡Pílosos! ¡Los honrados son estos! ¿Lo entiende usted? ¡Estos!

—¿Y usted una mujer inmoral, defensora de la gentusa que aquí vive! Una casa en la que hay hasta una Celestina...

—¡Catalina!
—¡Celestina!
—¡Si lo sabrá usted mejor que yo!
—Un garito, unas mujeres de mala vida, un toma'or...

—¡Oiga usted, caballero! Mis inquilinos no le deben á usted nada, y usted no es nadie para insultarlos.

—No dé usted voces!
—¡Grito, porque estoy en mi casa!
(Comienzan á abrirse puertas de todos los pisos)

—Yo opino como hombre de bien.
—Usted debe ser de la secreta, y habrá usted venido á sobornearme con dos pesetas que no me hacen falta. Guárdelas usted para ayuda de otra chistera. ¡Doña Catalina! ¡Aquí hay un señor que la llama á usted Celestina! ¡Don Bernardo! ¡Dícele este caballero que su casa de usted es un garito! ¡Hola, señorita Nieves! ¡Aquí hay un entrometido que dice que es usted una mujer de mala vida!

—¡Que bajé!
Las vecinas de arriba. —Echarlo á patadas. Dos hombres del... Circular. —Oiga usted... (Dándole encontronazos contra la pared.) Usted se va de aquí sin chistar, ¡lo oye usted bien!, sin resollar ó sin le corta á usted la cara.

El diputado saliendo del cuarto bajo. —Usted está en Hacienda... yo le he visto á usted allí.

—En la Deuda.
—Pues... ¿usted no me ha visto, eh? Porque se están haciendo cesantías... ¡Mucho cuidado!

Las del tercero. —¡Ahí va esoll!
(Oyese un gran ruido, y Don Justo recibe en el hombro derecho un enorme tiesto de albahaca que le hace vacilar y le cubre de tierra...)

La portera. —El único escándalo que ha habido en esta casa honrada, mos lo ha dado usted! O se va usted pronto, ó llamo al alguacil... ¡Fuera de aquí, tío si!

Don Justo, saliendo limpiándose el sudor y el polvo y llorando. —¡Qué mundo éste! ¡Qué mundo éste, Dios mío!

EUSEBIO BLASCO

CONFITEOR

I

—Yo tengo celos, padre. —Mala cosa.
—¡Unos celos rabiosos!
—¡Ay de tí! ¿No confías en tu esposa? Pues sufrirás tormentos espantosos.
—Si no se trata de eso, señor cura: mi mujer es honrada.
—¿No tienes celos de ella, criatura?
Pues entonces, ¿de quién? —De mi cuñada!
—¡Horror de los horrores!
¡El demonio ha inspirado esos amores!
—Es muy guapa, ¡guapísima! La quiero, pero no se lo he dicho

por si fuese un capricho pasajero...

¡Ay, no está mal capricho!

—Y acaso lo será. —Lo siento ahora convertido en pasión abrasadora.
Verá usted. Cuando tuve pulmonía llamaron á un doctor que vive en frente; me ha curado hace un año, un mes y un día, ¡y el hombre sigue yendo todavía, porque dice que estoy convaleciente! ¿Y sabe usted por qué? Yo me figuro, ¡qué digo figurarme!, estoy seguro de que mi cuñadita no le parece fea... ¡qué le ha de parecer, si es tan bonita!, y ante la sola idea de que si va á casarse me la quita me irrito, sufro, me enfurezco, ¡lloro!, lo que me prueba, padre, que la adoro.
—¡Eso no puede ser! El hombre fuerte ha de saber luchar con las pasiones. Tu amor es criminal: ¡antes la muerte! Vencerás con ayunos y oraciones.

II

—Aquí estoy, padre cura. Ya mis celos huyeron como nubes de verano.
—Nunca faltan consuelos para todas las penas de un cristiano.
—Sí, ya vivo feliz, ya estoy tranquilo, y no paso los días con el alma en un hilo cavilando un sin fin de tonterías:
—¿Y quién supo salvarte de las garras de aquella tentación? —Mi buena estrella. El médico de marras, iba... ¡por mi mujer!, y huyó con ella.
—¡Un castigo de Dios! ¡Diente por diente! ¿Y qué ha pasado? —Nada; pues... que yo me quedé con mi cuñada, y vivimos los dos tan ricamente.

SINESIO DELGADO

CONTRASTE

¡Hermosa es esa niña!
Su cutis es de raso blanco; sus cabellos de oro fino; una rosa á medio abrir sus frescos y graciosos labios; es de diosa el traje vaporoso que la cubre.

Es la más peregrina, la más original, la más encantadora criatura del ramillete que forman las que van á ofrecer á Dios sus tiernos y amorosos corazones entre místicas plegarias.

Aquellas niñas, poéticamente engalanadas, forman un precioso buqué de seres humanos.

De improviso, las pequeñuelas se detienen, y formando un semicírculo fijan su vista con curiosidad y asombro en un bulto que, pretendiendo moverse y exhalando débiles gemidos, parece que implora la caridad de las que le contemplan.

Se trata de un recién nacido; de una criatura que, por circunstancias que no queremos condenar, porque quizás cometeríamos una injusticia, ha sido colocada á la entrada de la iglesia próxima.

Las niñas examinan curiosamente al nuevo ser y hacen algunas triviales

observaciones, diciendo la más hermosa con semblante compungido:

—¡Pobre criaturita! De buena gana me la llevaría; pero mi vestido nuevo se arrugaría y se romperían los encajes, y mi mamá me reñiría mucho.

Y, aquella ráfaga de caridad, pasó. Las niñas todas miraron por corto espacio á la criaturita, y después penetraron en la iglesia.

Pero, no, todas no; quedaron algunas, entre las cuales estaba una que, á juzgar por su indumentaria debía ser la más pobre de cuantas iban á rendir culto á su Creador: contaría de doce á trece años.

Ante el interesante espectáculo pararon las aludidas, y clavando en la criatura sus piadosos ojos, dejaron traslucir que latían sus corazoncitos con inusitada celeridad al exclamar al mismo tiempo:

—¡Pobrecito! Se va á morir si le dejamos.

—Nosotras somos pobres... muy pobres.

—Pero, calla; por allí pasa mi mamá, añadió una de las muchachas con alegría, y gritando:

—¡Mamá, mamá! Mira lo que hay aquí: un recién nacido...

La interpelada se acercó, miró á su hija, miró á la criatura, y dijo con voz firme y decidida:

—Cójelo y márchate con él á casa; de hoy más tendrás tres hijos; tú, el que estoy criando y éste. Dios me dará fuerzas para alimentar á los dos.

La pequeñita no se hizo repetir la orden; dió á una de sus compañeras el encargo de contar á la profesora porque no había entrado á oír misa, y partió como una exhalación.

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Pensamientos

El arrepentimiento es el último beneficio, y casi siempre el mayor, que nos producen nuestros defectos.

Las mujeres, ó no piensan en nada, ó piensan en otra cosa.

Da muchas limosnas, pero sin que te conozca el que las recibe. Así evitas las ingratitudes y los abusos.

Cuando se ve la vida tal cual Dios la ha hecho, no se puede menos de darle gracias por haber hecho la muerte.

Es muy raro que dos mujeres sean de la misma opinión, excepto cuando hablan mal de una tercera.

Yo quisiera saber por que las mujeres, que son implacables para con ellas mismas, se irritan contra nosotros cuando hablamos mal del sexo bello.

La mujer no puede jamás degradarse

ni caer tan bajo como el hombre, porque siempre hay algo de amor en su primera falta.

Los hombres tienen el derecho de hablar de las mujeres; jamás de la mujer.

Las mujeres verdaderamente bellas no tienen más pudor que el precisamente necesario para hacer apreciar su belleza.

La experiencia y la filosofía que no conducen a la caridad y a la indulgencia, son dos adquisiciones que no valen lo que cuestan.

La muerte de aquel que ha prestado un servicio, no libra del agradecimiento al que lo ha recibido.

La maledicencia y la calumnia no irían a ninguna parte si no hubiera imbéciles que les facilitaran el camino.

Que las mujeres graben en su memoria la siguiente máxima: sólo es digno de su amor el que las ha juzgado dignas de su respeto.

Prefiero los malvados a los imbéciles; aquéllos pueden enmendarse alguna vez; éstos nunca.

Los que hemos querido verdaderamente no están donde solían estar, pero están siempre donde estamos nosotros.

Todas las mujeres quieren más el que se las estime, que el que se las respete.

Infinitos hombres mueren sin haber creado nada; pero ni uno solo muere aun al nacer sin haber destruido.

¿Sabéis lo que es deber? Es lo que exigimos a los demás.

A menudo es la mujer la que nos inspira grandes cosas y la que nos impide llevarlas a cabo.

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

Un confesor preguntaba a un penitente:

—¿Qué oficio ó profesión tienes?
—Ninguno.
—Entonces, ¿de qué vives?
—De los relojes que me encuentro todos los días.

Andando los tiempos, vió el cura que lo llevaban sobre un burro para ajusticiarlo, y exclamó:

—Siempre los relojes, ¿eh?
—No, padre; ahora me dedicaba a las arcas de hierro que tenían algo dentro; pero está visto que en este país no se puede ejercer la industria metalúrgica.

Un coadjutor a quien el párroco había encargado de una ermita situada extramuros del pueblo, escribió a su jefe el siguiente oficio:

«Señor cura párroco: Tengo el honor de participarle que el aceite que me suministra el sacristán para la lámpara del santuario es tan malísimo, que no sirve ni para la ensalada.»

Editorial Nakens

DUODECIMA LISTA DE ACCIONISTAS

	Acciones
Suma anterior.....	361
Miguel Fernández Lechuga, Madrid.....	2
Rogelio de Pedro, ídem.....	1
Marcelo Sanz, ídem.....	1
Ramón Prida, Córdoba.....	2
Francisco Giménez, ídem...	1
Rafael G. Requena, ídem...	1
Guillermo Uhl, Cádiz.....	1
Antonio Díaz Jurado, Pozo blanco.....	1
Victoriano Gandullo, Cortegara.....	1
Eusebia Huarte, San Sebastián.....	1
José Muñoz, Puerto de Santa María.....	1
Suma y sigue.....	374

(Continuará.)

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Antonio Távora, Sevilla, 10 pesetas; José López, Camponaraya, 1; Rogelio de Pedro, Madrid, 5; Segundo García, Baracaldo, 3; Juan Ayestarán, ídem, 3; José Chaparro, Calañas, 1,60; Enrique Granero, Albánchez, 1; José María Linares, ídem, 1.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Pueblad de la Calzada.—Gonzalo Barrera, abonada su suscripción a fin Junio 1924.

Sevilla.—Antonio Távora, íd. a fin Diciembre 1924.

Ídem.—Manuel Távora, íd. a fin Diciembre 1924.

Camponaraya.—José López, íd. a fin Diciembre 1924.

San Felis.—Esteban Guairo, íd. a fin Diciembre 1924.

Almadén.—Juan Lasheras, íd. a fin Enero 1925.

El Tiemblo.—Manuel Martín, íd. a fin Noviembre 1924.

Valencia.—Miguel Márquez, íd. a fin Febrero 1925.

Cádiz.—G. U., íd. a fin Marzo 1925.

Villafranca.—Pedro Pérez, íd. a fin Diciembre 1924.

Villanueva.—Eustasio Pastor, íd. a fin Enero 1925.

Sejalo.—Adolfo Villanueva, íd. a fin Junio 1924.

Ídem.—Manuel Fontañs, íd. a fin Junio 1924.

Magacela.—Eustaquio Chamizo, íd. a fin Junio 1924.

Barcelo.—Rafael Vilalta, íd. a fin Diciembre 1924.

Vitigudino.—Luis Ortega, íd. a fin Diciembre 1924.

Albánchez.—José M. Linares, íd. a fin Diciembre 1924.

Ídem.—Enrique Granero, íd. a fin Diciembre 1924.

Sedavi.—Francisco Rodríguez, íd. a fin Febrero 1925.

Villafranca de Oria.—Eustaquio Arbizu, recibido su giro de 15,90 pesetas; conforme.

Vitoria.—V. Cisneros, íd. de 6; ¿para qué?

Baracaldo.—Primitivo Fernández, íd. de 30; conforme.

Calañas.—José Chaparro, íd. de 22; conforme.

Zaragoza.—Pedro Jato, íd. de 12'10; conforme.

Córdoba.—José Guerra, íd. de 15 a su cuenta.

Avilés.—José A. Fernández, íd. de 12; conforme.

Orense.—Andrés Perille, íd. de 12 a su cuenta.

La Bobadilla.—Francisco Díaz, íd. de 12 a su cuenta.

Puerto de Santa María.—José Muñoz, íd. de 20 a su cuenta.

Sigüenza.—Mateo Manzanares, íd. de 1; conforme.

Mayals.—Sebastián Ascón, íd. de 20; conforme.

Utrera.—Enriqueta González, íd. de 4'40; conforme.

Sama de Langreo.—Indalecio Fernández, íd. de 76'80 a su cuenta.

ALBUM PRIMERO

DE

CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTIN"

PRECIO: 7 PESETAS

"El libro de la muerte"

Consuelo para la vida

POR EL PRESBITERO

Don Ramón Sarmiento

PRECIO: TRES PESETAS

FRANCO DE PORTE Y CERTIFICADO

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid